

ANDRÉS NEUMAN, *Barbarismos*, Madrid, Páginas de Espuma, 2014, 136 págs.

La trayectoria literaria de Andrés Neuman (1977) es difícilmente consignable bajo las etiquetas que la crítica literaria ha ido acuñando con cada nueva publicación del autor argentino. En su obra, aunque ha cultivado con éxito géneros tan diversos como la poesía, el ensayo, la novela o el cuento, podemos reconocer una voz que ha asumido la transgresión formal y temática de fronteras y convenciones como poética personal. En este sentido, llama la atención que, a pesar de incluir su libro *Barbarismos* en su web personal dentro de las obras de “no ficción”, muchas de las definiciones que encontramos poseen un manifiesto sustrato (mini)ficcional. Además, si se consulta en *Barbarismos* la entrada referida a la “no ficción” observamos que dicha categoría tiene sentido puesto que se definiría como la “reinvención de lo que está ahí” (42). Por ejemplo, el juego practicado con una de las convenciones editoriales supuestamente “extraliterarias”: el colofón. Neuman, al lado del irónico colofón “oficial” de la edición de *Barbarismos* —“Esta primera edición de *Barbarismos*, de Andrés Neuman, se terminó de imprimir el 1 de mayo de 2014, día en que nadie imprime”—, incluye su entrada y definición con los que finaliza de manera “oficiosa” el libro: “Colofón. Texto que demuestra que el editor tiene, casi siempre, la última palabra sobre un libro”.

Los “neumanismos”, brillante analogía con la que José María Merino abre su prólogo a *Barbarismos*, se fundamentan en lo que el prologuista califica de “iluminaciones literarias” (10). En cierto modo, *Barbarismos*, digno heredero de la tradición ingeniosa y conceptista de Baltasar Gracián, Francisco de Quevedo y Gómez de la Serna, se relaciona con un heterogéneo e incalificable grupo de textualidades híbridas o “géneros cóctel” (26). En mi opinión, hay un vínculo más o menos explícito con proyectos como *The Devils’s Dictionary* (1911) de Ambrose Bierce o, en español, con la “escritura transversal” de Rafael Argullol y su *Breviario de la aurora* (2006).

Evidentemente, las posibilidades no se limitan a las obras mencionadas, pero existe una indudable conexión entre estas realizaciones y *Barbarismos*. La obra combate los tópicos, las “buenas ideas sin asombro” (83) de las obviedades que, gracias a la labor del creador argentino, logra reformular “asombradamente” con grandes dosis de lirismo e inteligencia. Asimismo, en oposición a las narrativas

lineales, totalizadoras y ceñidas a una interpretación única, Neuman recurre, como ya hiciera en *El equilibrista* (2005), a la brevedad y a la síntesis —“texto extenso bien camuflado” (102)— para cincelar proposiciones casi aforísticas que, planteadas con la apariencia de universalidad de las definiciones de una enciclopedia o un vocabulario, atentan contra la neutralidad de las palabras y sus significados.

Para Andrés Neuman la neutralidad supone un peligro por partida doble (75). Por ello, la objetividad y, por supuesto, la realidad son interpretaciones, “hipótesis convincentes” (97) que iremos aceptando —o refutando— conforme el diccionario avanza. Efectivamente, tal como señala Merino, uno de los objetivos de *Barbarismos* es “mostrarnos cómo numerosas palabras pueden esconder sorprendentes atavíos bajo la apariencia que las envuelve con su capa cotidiana” (10). Buena parte de nuestro vocabulario es usado de manera automática sin meditar acerca de las connotaciones que se han ido adhiriendo, muchas veces, contra los sentidos originarios. Así, el autor se encarga de denunciar una suerte de “doble moral” en el léxico como en los casos enlazados al campo semántico de la política o la economía como en los siguientes lemas: *Capitalismo*. Juego de azar donde se sabe de antemano quiénes pierden. // 2. Único camino posible hacia ninguna parte. (25); *Democracia*. Derecho de todos a elegir el bien de unos pocos. // 2. Ruina griega. // 3. ~ parlamentaria: oxímoron. (31); *Mercado*. Instancia que subvenciona a sus detractores (70).

Más allá del polo crítico-social, podemos localizar en *Barbarismos* una visión sobre el sistema literario en sintonía con el espíritu transgresor que inunda la obra del narrador. Entre las definiciones del libro subyace una poética implícita que apuesta por la práctica del merodeo de la palabra. Es posible que la escritura de Neuman emane precisamente de un “estado de autopercepción extrema” o “aburrimento” (15) propio del *flâneur* contemporáneo dedicado a explorar la paradójica y supuesta “banalidad” cotidiana —“tema principal de la obra” (21)— tanto en las vías públicas como en las digitales. De este modo, el escritor argentino propone una “involuntaria” búsqueda incesante, la práctica del “hallazgo casual de otra cosa” (22) que tiene en los mundos de la edición, la crítica y la lectura sus principales protagonistas. Concretamente, dedica algunas polémicas definiciones a las instancias que rodean la obra y que configuran el esquema completo de la circulación literaria. De esta radiografía de los tipos humanos, los prescriptores —editores, antólogos y críticos— reciben la mayor carga de comentarios al situar en

inferioridad al texto en sí respecto a las “fuerzas vivas” responsables de que la obra exista y sea visible dentro del sistema. Según Neuman, contra esta “industrialización” de los procesos creativos y el narcisismo de los artistas (17), sólo la lectura e, incluso, la traducción se conciben como actividades completamente creativas en tanto reescrituras no basadas en un falso precepto de originalidad.

Otra de las constantes neumanianas presente en *Barbarismos* es la obsesión por los “no lugares”, ya tratada en la novela *La vida en las ventanas* (2002) o en *Cómo viajar sin ver* (2010). El autor siempre ha hecho de su doble nacionalidad hispanoargentina, “patria de dos orillas” (90), un símbolo de su condición viajera. Parafraseando al sociólogo Zygmunt Bauman, conceptos “pesados” como identidad o patria devienen en Neuman “líquidos”, quebradizos y en perpetuo movimiento y conflicto. Buena muestra de ello se percibe en “neumanismos” como “lugar” —“quimera” (69)—, “frontera” —“ilusión óptica, más impuestos” (42)— o “aeropuerto” —“purgatorio de almas en tránsito. // 2. Lugar donde el pasajero se despide de sí mismo” (15)— en donde podemos constatar el intrínseco componente transnacional y nómada de sus creaciones.

Tras la lectura de *Barbarismos*, el lector puede sentirse impelido por los meandros de la palabra que ha ido trazando Neuman en su particular diccionario. Así, tanto el lector ocasional —si no lo son todos al principio— como el especializado corren el riesgo de ver su competencia verbal multiplicada de acuerdo a una razón poética alejada de los principios de la gramática al uso. De hecho, considero que la mejor opción es asumir que en nuestro idioma, “sistema para nombrar lo que se desconoce” (53), cada entrada resulta una propuesta de conocimiento alógica, barbáricamente “logosiana”.

Como se ha visto, Neuman es un perfecto “cuentista”, un “mentiroso que busca la verdad un poco más lejos” (27), un consumado “equilibrista” que juega con las rigideces del pensamiento y propone darle la vuelta al lenguaje canonizado por uno de los Libros por antonomasia: el Diccionario. En resumidas cuentas, frente a la susodicha tendencia cosificadora, el autor nos regala en certeras definiciones un manual de supervivencia del verdadero hogar del ser humano: la lengua; un ejercicio necesario y “risible” que, como el propio creador aclara, es fuente de “energía renovable” (98).

PAULO ANTONIO GATICA COTE
Universidad de Salamanca